

**LAS VOCES Y LOS ECOS**  
**DOSSIER DE LECTURAS Y ACTIVIDADES OBLIGATORIAS**  
**LINGUA E LINGÜÍSTICA SPAGNOLA 3**  
**ANNO ACCADEMICO 2021-2022**

**RETRATO**

**ANTONIO MACHADO**

.....  
A distinguir me paro las voces de los ecos,  
y escucho solamente, entre las voces, una.

.....  
Converso con el hombre que siempre va conmigo  
-quien habla solo espera hablar a Dios un día-;  
mi soliloquio es plática con este buen amigo  
que me enseñó el secreto de la filantropía.

.....  
*Campos de Castilla, Madrid, Renacimiento, 1912.*

## *A distinguir me para las voces de los ecos*

Por JULIÁN MARÍAS, de la Real Academia Española

ESTA confesión personal de Antonio Machado, corazón limpio, serenamente apasionado, y mente clara y reflexiva, podría convertirse en norma de conducta, en clave para la interpretación de las cosas.

En mi trato con jóvenes encuentro dos rasgos que conviven en ellos: la desorientación y el afán de salir de ella, de entender, de saber a qué atenerse. Hay en ellos una avidez, rara vez satisfecha, de entender las cosas, las que han sido, las que constituyen la historia reciente, y a la larga la historia entera, y la cualidad que para ellos es principalmente el futuro, lo que puede ser, lo que va a ser, lo que va a constituir la sustancia de sus vidas que empiezan.

Se podría hablar, usando la expresión de Nicolás de Cusa, de «docta ignorancia» de estos jóvenes del incipiente siglo XXI. Ignoran muchas cosas, pero lo saben, y tienen el deseo y la esperanza de superar esa situación, que por ello resulta promisoria.

Tengo la impresión de que los mejores, aquellos que tienen verdadera curiosidad, afán de saber, imperioso deseo de no engañarse, revelan con frecuencia una inquietante dosis de pesimismo. Probablemente excesivo, debido más a lo que se dice que a lo que realmente existe y pasa. El negativismo tiene prestigio; decir que las cosas son valiosas o están en buen camino, que son promisoras, que el horizonte está razonablemente abierto, se ve como conformismo, claudicación, falta de agudeza.

No soy partidario de hacer cuentas -he dicho muchas veces que no hay que hacerlas en cuestiones de amistad o de amor-, pero en todo caso hay que hacerlas bien, no confundir las estrellas con los átomos. Las opiniones sobre la realidad y sus promesas o amenazas han de ser fieles al grado de importancia que tienen las cosas. Mi vida ha sido larga, quizá demasiado, y tengo buena memoria; esto me permite no quedarme en las primeras impresiones, ver lo real con cierta perspectiva de profundidad histórica. Involuntariamente tengo en cuenta lo que las cosas han sido o han podido ser y no han llegado a serlo, tanto positiva como negativamente. ¿A quién se le ocurre hacer una lista de los males posibles que no se han realizado, que se han quedado en mera posibilidad? Es algo que rarísima vez se tiene en cuenta. Lo que no se ha realizado parece que no tiene ninguna realidad; no es así: ha tenido la de su posibilidad, a veces inminente, realizada o no, o en diversos grados.

La experiencia personal es siempre limitada, pero no desdeñable, y si se la tiene presente representa un instrumento óptico para ver lo real. Junto a lo que existe hay que poner lo que podría existir si la historia hubiese seguido otro camino. Naturalmente en bien o en mal. Podemos dolernos de las posibilidades frustradas, de las promesas no cumplidas, de lo que nos falta y echamos de menos. Pero la contrapartida es aquello de que nos hemos librado, lo que era posible, probable, amenazador, y no ha llegado a realizarse.

Si nos atenemos a lo que hay, a lo que ha acontecido y existe, tenemos una visión parcial e incompleta de la realidad: eso que tenemos delante se recorta sobre un fondo de posibilidades sin las cuales no tiene sentido ni es verdaderamente inteligible.

En este contexto adquiere su significación eso tan importante que es «cómo nos sentimos», es decir, dónde estamos, qué podemos esperar o temer.

Más importante todavía que la conservación del pasado, la mensuración de lo que se ha cumplido entre la multitud de lo posible, es la ojeada que lanzamos hacia el futuro, todavía impreciso, no cumplido, pero que es aquello donde se va a alojar lo que hagamos, lo que de fuera nos pase.

Sin la distensión entre el pasado y el futuro desaparece el volumen, diríamos la solidez, del tiempo, su espesor verdadero, su carácter de repertorio de posibilidades. No hay que perder de vista el fabuloso papel del azar en la vida, tanto personal como colectiva. Si pasamos la mirada por lo que hasta ahora ha sido la nuestra, sobrecoge advertir el inmenso papel que el azar ha tenido en la nuestra. Casi toda ella depende de haber nacido en cierto lugar y momento, haber coincidido con acontecimientos y personas que la han configurado y que hubieran podido ser enteramente distintos, con lo cual nuestra vida tendría poca semejanza con la que realmente hemos vivido.

Esto, que es evidente para el pasado, hasta llegar al hoy, se extiende ante nosotros de manera inquietante cuando pensamos en el porvenir. Tenemos vagamente en cuenta lo que es y va a ser nuestra circunstancia, pero ello está afectado por una radical inseguridad; todo eso es cambiante, se altera cada día, se abren y se cierran puertas y ventanas.

Por eso es esencial la imaginación; rara vez nos damos cuenta de hasta que punto es el recurso con el cual labramos nuestra vida; su grado, dilatación, concreción, es condición capital de su posible estructura.

El hecho de que la realidad, lo existente, nos oprima, por decirlo así, con su corporeidad, nos hace olvidar la función de eso, aparentemente menos efectivo, que es el halo de posibilidades que nos envuelve.

Nuestra vida es no sólo tridimensional, como los objetos reales, sino que está integrada por ese halo de posibilidades de segundo orden, de carácter puramente imaginario, con el agravante de que a eso hay que añadir un factor que tiene una extraña forma de irrealidad: nuestra voluntad. Esta es el instrumento con el cual elaboramos lo que acaba por ser la configuración real de nuestra vida.

¿Se tiene presente hasta qué punto su extraña realidad está condicionada por factores de toda índole, desde la contextura física del mundo en que vivimos y de nuestro cuerpo, hasta lo que es la cima de la irrealidad, de lo imaginario, en una serie de órdenes de cuya diversidad habitualmente no tenemos la menor idea?

Vivir es, más que nada, una faena de integración, de hacer convivir la realidad impuesta, inexorable, con lo que es la suma irrealidad, la pura imaginación.

## TEXTOS NARRATIVOS

### EL DÚO DE LA TOS

(*Cuentos Morales*, 1896)

Leopoldo Alas (Clarín)

El gran hotel del Águila tiende su enorme sombra sobre las aguas dormidas de la dársena. Es un inmenso caserón cuadrado, sin gracia, de cinco pisos, falansterio del azar, hospicio de viajeros, cooperación anónima de la indiferencia, negocio por acciones, dirección por contrata que cambia a menudo, veinte criados que cada ocho días ya no son los mismos, docenas y docenas de huéspedes que no se conocen, que se miran sin verse, que siempre son otros y que cada cual toma por los de la víspera.

«Se está aquí más solo que en la calle, tan solo como en el desierto», piensa un bulto, un hombre envuelto en un amplio abrigo de verano, que chupa un cigarro apoyándose con ambos codos en el hierro frío de un balcón, en el tercer piso. En la obscuridad de la noche nublada, el fuego del tabaco brilla en aquella altura como un gusano de luz. A veces aquella chispa triste se mueve, se amortigua, desaparece, vuelve a brillar.

«Algún viajero que fuma», piensa otro bulto, dos balcones más a la derecha, en el mismo piso. Y un pecho débil, de mujer, respira como suspirando, con un vago consuelo por el indeciso placer de aquella inesperada compañía en la soledad y la tristeza.

«Si me sintiera muy mal, de repente; si diera una voz para no morirme sola, ese que fuma ahí me oiría», sigue pensando la mujer, que aprieta contra un busto delicado, quebradizo, un chal de invierno, tupido, bien oliente.

«Hay un balcón por medio; luego es en el cuarto número 36. A la puerta, en el pasillo, esta madrugada, cuando tuve que levantarme a llamar a la camarera, que no oía el timbre, estaban unas botas de hombre elegante».

De repente desapareció una claridad lejana, produciendo el efecto de un relámpago que se nota después que pasó.

«Se ha apagado el foco del Puntal», piensa con cierta pena el bulto del 36, que se siente así más solo en la noche. «Uno menos para velar; uno que se duerme.»

Los vapores de la dársena, las panzudas gabarras sujetas al muelle, al pie del hotel, parecen ahora sombras en la sombra. En la obscuridad el agua toma la palabra y brilla un poco, cual una aprensión óptica, como un dejo de la luz desaparecida, en la retina, fosforescencia que padece ilusión de los nervios. En aquellas tinieblas, más dolorosas por no ser completas, parece que la idea de luz, la imaginación recomponiendo las vagas formas, necesitan ayudar para que se vislumbre lo poco y muy confuso que se ve allá abajo. Las gabarras se mueven poco más que el minuterero de un gran reloj; pero de tarde en tarde chocan, con tenue, triste, monótono rumor, acompañado del ruido de la mar que a lo lejos suena, como para imponer silencio, con voz de lechuza.

El pueblo, de comerciantes y bañistas, duerme; la casa duerme.

El bulto del 36 siente una angustia en la soledad del silencio y las sombras.

De pronto, como si fuera un formidable estallido, le hace temblar una tos seca, repetida tres veces como canto dulce de codorniz madrugadora, que suena a la derecha, dos balcones más allá. Mira el del 36, y percibe un bulto más negro que la obscuridad ambiente, del matiz de las gabarras de abajo. «Tos de enfermo, tos de mujer.» Y el del 36 se estremece, se acuerda de sí mismo; había olvidado que estaba haciendo una gran calaverada, una locura. ¡Aquel cigarro! Aquella triste contemplación de la noche al aire libre. ¡Fúnebre orgía! Estaba prohibido el cigarro, estaba prohibido abrir el balcón a tal hora, a pesar de que corría agosto y no corría ni un soplo de brisa. «¡Adentro, adentro!» ¡A la sepultura, a la cárcel horrible, al 36, a la cama, al nicho!»

Y el 36, sin pensar más en el 32, desapareció, cerró el balcón con triste rechino metálico, que hizo en el bulto de la derecha un efecto melancólico análogo al que produjera antes al bulto que fumaba la desaparición del foco eléctrico del Puntal.

«Sola del todo», pensó la mujer, que, aún tosiendo, seguía allí, mientras hubiera aquella compañía... compañía semejante a la que se hacen dos estrellas que nosotros vemos, desde aquí, juntas, gemelas, y que allá en lo infinito, ni se ven ni se entienden.

Después de algunos minutos, perdida la esperanza de que el 36 volviera al balcón, la mujer que tosía se retiró también; como un muerto que en forma de fuego fatuo respira la fragancia de la noche y se vuelve a la tierra.

Pasaron una, dos horas. De tarde en tarde hacia dentro, en las escaleras, en los pasillos, resonaban los pasos de un huésped trasnochador; por las rendijas de la puerta entraban en las lujosas celdas, horribles con su lujo uniforme y vulgar, rayos de luz que giraban y desaparecían.

Dos o tres relojes de la ciudad cantaron la hora; solemnes campanadas precedidas de la tropa ligera de los cuartos, menos lúgubres y significativos. También en la fonda hubo reloj que repitió el alerta.

Pasó media hora más. También lo dijeron los relojes.

«Enterado, enterado», pensó el 36, ya entre sábanas; y se figuraba que la hora, sonando con aquella solemnidad, era como la firma de los pagarés que iba presentando a la vida su acreedor, la muerte. Ya no entraban huéspedes. A poco, todo debía morir. Ya no había testigos; ya podía salir la fiera; ya estaría a solas con su presa.

En efecto; en el 36 empezó a resonar, como bajo la bóveda de una cripta, una tos rápida, enérgica, que llevaba en sí misma el quejido ronco de la protesta.

«Era el reloj de la muerte», pensaba la víctima, el número 36, un hombre de treinta años, familiarizado con la desesperación, solo en el mundo, sin más compañía que los recuerdos del hogar paterno, perdidos allá en lontananzas de desgracias y errores, y una sentencia de muerte pegada al pecho, como una factura de viaje a un bulto en un ferrocarril.

Iba por el mundo, de pueblo en pueblo, como bulto perdido, buscando aire sano para un pecho enfermo; de posada en posada, peregrino del sepulcro, cada albergue que el azar le ofrecía le presentaba aspecto de hospital. Su vida era tristísima y nadie le tenía lástima. Ni en los folletines de los periódicos encontraba compasión. Ya había pasado el romanticismo que había tenido alguna consideración con los tísicos. El mundo ya no se pagaba de sensiblerías, o iban éstas por otra parte. Contra quien sentía envidia y cierto

rencor sordo el número 36 era contra el proletariado, que se llevaba toda la lástima del público.

-El pobre jornalero, ¡el pobre jornalero! -repetía, y nadie se acuerda del pobre tísico, del pobre condenado a muerte del que no han de hablar los periódicos. La muerte del prójimo, en no siendo digna de la Agencia Fabra, ¡qué poco le importa al mundo!

Y tosía, tosía, en el silencio lúgubre de la fonda dormida, indiferente como el desierto. De pronto creyó oír como un eco lejano y tenue de su tos... Un eco... en tono menor. Era la del 32. En el 34 no había huésped aquella noche. Era un nicho vacío.

La del 32 tosía, en efecto; pero su tos era... ¿cómo se diría? Más poética, más dulce, más resignada. La tos del 36 protestaba; a veces rugía. La del 32 casi parecía un estribillo de una oración, un miserere, era una queja tímida, discreta, una tos que no quería despertar a nadie. El 36, en rigor, todavía no había aprendido a toser, como la mayor parte de los hombres sufren y mueren sin aprender a sufrir y a morir. El 32 tosía con arte; con ese arte del dolor antiguo, sufrido, sabio, que suele refugiarse en la mujer.

Llegó a notar el 36 que la tos del 32 le acompañaba como una hermana que vela; parecía toser para acompañarle.

Poco a poco, entre dormido y despierto, con un sueño un poco teñido de fiebre, el 36 fue transformando la tos del 32 en voz, en música, y le parecía entender lo que decía, como se entiende vagamente lo que la música dice.

La mujer del 32 tenía veinticinco años, era extranjera; había venido a España por hambre, en calidad de institutriz en una casa de la nobleza. La enfermedad la había hecho salir de aquel asilo; le habían dado bastante dinero para poder andar algún tiempo sola por el mundo, de fonda en fonda; pero la habían alejado de sus discípulas. Naturalmente. Se temía el contagio. No se quejaba. Pensó primero en volver a su patria. ¿Para qué? No la esperaba nadie; además, el clima de España era más benigno. Benigno, sin querer. A ella le parecía esto muy frío, el cielo azul muy triste, un desierto. Había subido hacia el Norte, que se parecía un poco más a su patria. No hacía más que eso, cambiar de pueblo y toser. Esperaba locamente encontrar alguna ciudad o aldea en que la gente amase a los desconocidos enfermos.

La tos del 36 le dio lástima y le inspiró simpatía. Conoció pronto que era trágica también. «Estamos cantando un dúo», pensó; y hasta sintió cierta alarma del pudor, como si aquello fuera indiscreto, una cita en la noche. Tosió porque no pudo menos; pero bien se esforzó por contener el primer golpe de tos.

La del 32 también se quedó medio dormida, y con algo de fiebre; casi deliraba también; también trasportó la tos del 36 al país de los ensueños, en que todos los ruidos tienen palabras. Su propia tos se le antojó menos dolorosa apoyándose en aquella varonil que la protegía contra las tinieblas, la soledad y el silencio. «Así se acompañarán las almas del purgatorio.» Por una asociación de ideas, natural en una institutriz, del purgatorio pasó al infierno, al del Dante, y vio a Paolo y Francesca abrazados en el aire, arrastrados por la bufera infernal.

La idea de la pareja, del amor, del dúo, surgió antes en el número 32 que en el 36.

La fiebre sugería en la institutriz cierto misticismo erótico; ¡erótico!, no es ésta la palabra. ¡Eros! El amor sano, pagano ¿qué tiene aquí que ver? Pero en fin, ello era amor, amor de matrimonio antiguo, pacífico, compañía en el dolor, en la soledad del

mundo. De modo que lo que en efecto le quería decir la tos del 32 al 36 no estaba muy lejos de ser lo mismo que el 36, delirando, venía como a adivinar.

«¿Eres joven? Yo también. ¿Estás solo en el mundo? Yo también. ¿Te horroriza la muerte en la soledad? También a mí. ¡Si nos conociéramos! ¡Si nos amáramos! Yo podría ser tu amparo, tu consuelo. ¿No conoces en mi modo de toser que soy buena, delicada, discreta, casera, que haría de la vida precaria un nido de pluma blanda y suave para acercarnos juntos a la muerte, pensando en otra cosa, en el cariño? ¡Qué solo estás! ¡Qué sola estoy! ¡Cómo te cuidaría yo! ¡Cómo tú me protegerías! Somos dos piedras que caen al abismo, que chocan una vez al bajar y nada se dicen, ni se ven, ni se compadecen... ¿Por qué ha de ser así? ¿Por qué no hemos de levantarnos ahora, unir nuestro dolor, llorar juntos? Tal vez de la unión de dos llantos naciera una sonrisa. Mi alma lo pide; la tuya también. Y con todo, ya verás cómo ni te mueves ni me muevo.»

Y la enferma del 32 oía en la tos del 36 algo muy semejante a lo que el 36 deseaba y pensaba:

Sí, allá voy; a mí me toca; es natural. Soy un enfermo, pero soy un galán, un caballero; sé mi deber; allá voy. Verás qué delicioso es, entre lágrimas, con perspectiva de muerte, ese amor que tú sólo conoces por libros y conjeturas. Allá voy, allá voy... si me deja la tos... ¡esta tos!... ¡Ayúdame, ampárame, consuélame! Tu mano sobre mi pecho, tu voz en mi oído, tu mirada en mis ojos...»

Amaneció. En estos tiempos, ni siquiera los tísicos son consecuentes románticos. El número 36 despertó, olvidado del sueño, del dúo de la tos.

El número 32 acaso no lo olvidara; pero ¿qué iba a hacer? Era sentimental la pobre enferma, pero no era loca, no era necia. No pensó ni un momento en buscar realidad que correspondiera a la ilusión de una noche, al vago consuelo de aquella compañía de la tos nocturna. Ella, eso sí, se había ofrecido de buena fe; y aun despierta, a la luz del día, ratificaba su intención; hubiera consagrado el resto, miserable resto de su vida, a cuidar aquella tos de hombre... ¿Quién sería? ¿Cómo sería? ¡Bah! Como tantos otros príncipes rusos del país de los ensueños. Procurar verle... ¿para qué?

Volvió la noche. La del 32 no oyó toser. Por varias tristes señales pudo convencerse de que en el 36 ya no dormía nadie. Estaba vacío como el 34.

En efecto; el enfermo del 36, sin recordar que el cambiar de postura sólo es cambiar de dolor, había huido de aquella fonda, en la cual había padecido tanto... como en las demás. A los pocos días dejaba también el pueblo. No paró hasta Panticosa, donde tuvo la última posada. No se sabe que jamás hubiera vuelto a acordarse de la tos del dúo.

La mujer vivió más: dos o tres años. Murió en un hospital, que prefirió a la fonda; murió entre Hermanas de la Caridad, que algo la consolaron en la hora terrible. La buena psicología nos hace conjeturar que alguna noche, en sus tristes insomnios, echó de menos el dúo de la tos; pero no sería en los últimos momentos, que son tan solemnes. O acaso sí.

FIN

---

# LAS NUBES

(Castilla, 1912)

José Martínez Ruíz (Azorín)

Calixto y Melibea se casaron —como sabrá el lector si ha leído *La Celestina*[\[1\]](#)— a pocos días de ser descubiertas las rebozadas entrevistas que tenían en el jardín. Se enamoró Calixto de la que después había de ser su mujer un día que entró en la huerta de Melibea persiguiendo un halcón. Hace de esto dieciocho años. Veintitrés tenía entonces Calixto. Viven ahora marido y mujer en la casa solariega de Melibea; una hija les nació, que lleva, como su abuela, el nombre de Alisa[\[2\]](#). Desde la ancha solana que está a la puerta[\[3\]](#) trasera de la casa se abarca toda la huerta en que Melibea y Calixto pasaban sus dulces coloquios de amor. La casa es ancha y rica; labrada escalera de piedra arranca de lo hondo del zaguán. Luego, arriba, hay salones vastos, apartadas y silenciosas camarillas, corredores penumbrosos con una puertecilla de cuarterones en el fondo, que, como en *Las Meninas* de Velázquez, deja ver un pedazo de luminoso patio. Un tapiz de verdes ramas y piñas gualdas sobre un fondo[\[4\]](#) bermejo cubre el piso del salón principal; el salón, donde en cojines de seda puestos en tierra se sientan las damas. Acá y allá destacan silloncitos de cadera guarnecidos de cuero rojo o sillas de tijera con embutidos mudéjares; un contador con cajonería de pintada y estofada talla, guarda papeles y joyas; en el centro de la estancia, sobre la mesa de nogal, con las patas y las chambranas talladas, con fiadores de forjado hierro, reposa un lindo juego de ajedrez con embutidos de marfil, nácar y plata; en el alinde de un ancho espejo refléjanse las figuras aguileñas sobre fondo de oro de una tabla colgada en la pared frontera.

Todo es paz y silencio en la casa. Melibea anda pasito por cámaras y corredores. Lo observa todo, ocurre a todo. Los armarios están repletos de nítida y bienoliente ropa, aromada por gruesos membrillos. En la despensa, un rayo de sol hace fulgir la ringla de panzudas y vidriadas orcitas talaveranas. En la cocina son espejos los artefactos y cacharros de azófar que en la espetera cuelgan, y los cántaros y alcarrazas obrados por la mano de curioso alcaller en los alfares vecinos muestran bien ordenados su vientre redondo limpio y rezumante. Todo lo previene y a todo ocurre la diligente Melibea; en todo pone sus dulces ojos verdes. De tarde en tarde, en el silencio de la casa, se escucha el lánguido y melodioso son de un clavicordio: es Alisa que tañe. Otras veces, por los viales de la huerta se ve escabullirse calladamente la figura alta y esbelta de una moza: es Alisa que pasea entre los árboles. La huerta es amena y frondosa. Crecen las adelfas a par de los jazmineros; al pie de los cipreses inmutables ponen los rosales la ofrenda fugaz —como la vida— de sus rosas amarillas, blancas y bermejas. Tres colores llenan los ojos en el jardín: el azul intenso del cielo, el blanco de las paredes encaladas y el verde del bosque. En el silencio se oye —al igual de un diamante sobre un cristal— el chinar de las golondrinas que cruzan raudas sobre el añil del firmamento. De la taza de mármol de una fuente cae deshinchada, en una franja, el agua. En el aire se respira un penetrante aroma de jazmines, rosas y magnolias. «Ven por las paredes de mi huerto», le dijo dulcemente Melibea a Calixto hace dieciocho años[\[5\]](#).

\*\*\*

Calixto está en el solejar[\[6\]](#), sentado junto a uno de los balcones. Tiene el codo puesto en el brazo del sillón y la mejilla reclinada en la mano. Hay en su casa bellos cuadros; cuando siente apetencia de música, su hija Alisa le regala con dulces melodías;

si de poesía siente ganas, en su librería puede coger los más delicados poetas de España e Italia. Le adoran en la ciudad; le cuidan las manos solícitas de Melibea; ve continuada su estirpe, si no en un varón, al menos, por ahora, en una linda moza de viva inteligencia y bondadoso corazón. Y sin embargo, Calixto se halla absorto, con la cabeza reclinada en la mano. Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, ha escrito en su libro:

...et crei la fabrilla  
que dis: Por lo pasado no estés mano  
en mejilla.[\[7\]](#)

No tiene Calixto nada que sentir del pasado; pasado y presente están para él al mismo rasero de bienandanza. Nada puede conturbarle ni entristecerle. Y sin embargo, Calixto, puesta la mano en la mejilla, mira pasar a lo lejos sobre el cielo azul las nubes.

Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son — como el mar— siempre varias y siempre las mismas. Sentimos mirándolas cómo nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas —tan fugitivas— permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros. Cuando queremos tener aprisionado el tiempo —en un momento de ventura— vemos que van pasado ya semanas, meses, años. Las nubes, sin embargo, que son siempre distintas en todo momento, todas los días van caminando por el cielo. Hay nubes redondas, henchidas de un blanco brillante, que destacan en las mañanas de primavera sobre los cielos traslúcidos. Las hay como cendales tenues, que se perfilan en un fondo lechoso. Las hay grises sobre una lejanía gris. Las hay de carmín y de oro en los ocasos inacabables, profundamente melancólicos, de las llanuras. Las hay como velloncitos iguales e innumerables que dejan ver por entre algún claro un pedazo de cielo azul. Unas marchan lentas, pausadas; otras pasan rápidamente. Algunas, de color de ceniza, cuando cubren todo el firmamento, dejan caer sobre la tierra una luz opaca, tamizada, gris, que presta su encanto a los paisajes otoñales.

Siglos después de este día en que Calixto está con la mano en la mejilla, un gran poeta —Campoamor— habrá[\[8\]](#) de dedicar a las nubes un canto en uno de sus poemas titulado *Colón*.[\[9\]](#) Las nubes —dice el poeta— nos ofrecen el espectáculo de la vida. La existencia, ¿qué es sino un juego de nubes? Diríase que las nubes son «ideas que el viento ha condensado»; ellas se nos representan como un «traslado del insondable porvenir». «Vivir —escribe el poeta— es ver pasar». Sí; vivir es ver pasar: ver pasar allá en lo alto las nubes. Mejor diríamos: vivir es *ver volver*. Es ver volver todo un retorno perdurable[\[10\]](#), eterno; ver volver todo —angustias, alegrías, esperanzas—, como esas nubes que son siempre distintas y siempre las mismas, como esas nubes fugaces e inmutables.

Las nubes son la imagen del tiempo. ¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado y en el pasado el porvenir?[\[11\]](#)

\*\*\*

En el jardín lleno de silencio se escucha el chinar de las rápidas golondrinas. El agua de la fuente cae deshinchada por el tazón de mármol. Al pie de los cipreses se abren las rosas fugaces, blancas, amarillas, bermejas. Un denso aroma de jazmines y magnolias embalsama el aire. Sobre las paredes de nítida cal resalta el verde de la fronda; por encima del verde y del blanco se extiende el añil del cielo. Alisa se halla en el jardín

sentada, con un libro en la mano. Sus menudos pies asoman por debajo de la falda de fino contray; están calzados con chapines de terciopelo negro adornados con rapacejos y clavetes de bruñida plata. Los ojos de Alisa son verdes, como los de su madre; el rostro más bien alargado que redondo. ¿Quién podría contar la nitidez y sedosidad de sus manos? Pues de la dulzura de su habla, ¿cuántos loores no podríamos decir?[12]

En el jardín todo es silencio y paz. En el alto de la solana, recostado sobre la barandilla, Calixto contempla extático a su hija. De pronto un halcón aparece, revolando rápida y violentamente por entre los árboles. Tras él, persiguiéndole todo agitado y descompuesto, surge un mancebo. Al llegar frente Alisa se detiene absorto, sonrío y comienza a hablarle.

Calixto lo ve desde el carasol y adivina sus palabras. Unas nubes redondas, blancas, pasan lentamente sobre el cielo azul en la lejanía.

---

#### NOTAS DEL EDITOR:

[1] Sólo de tarde en tarde se muestra Azorín irónico con el lector, como en este paréntesis, en el que indica la técnica que van a tener los siguientes capítulos: continuar, con distinto final, un texto clásico.

[2] En efecto, Alisa se llama, en la obra de Rojas, la madre de Melibea. Pero en *ABC* Azorín las llamó Lucrecia a ambas, confundido, tal vez con la criada de la protagonista que así se llama.

[3] *ABC*, 1912 y 1943: *parte*, que parece mejor lectura.

[4] 1912 y 1943: *sobre fondo*.

[5] *ABC*: veintitrés años. Y en la cita, seguramente por errata, *huerta por huerto*.

[6] *ABC*: *solana*.

[7] Versos de la estrofa 179. En la ed. de Manuel Criado de Val y E. W. Naylor, Madrid, CSIC, 1965, pág. 53, se da la lectura siguiente: ...e crey la fabrilla / que diz: “por lo perdido non estes mano en mexilla”. Y lo mismo en las eds. de Chiarini, Cejador, etc.

[8] *ABC*: *había*.

[9] Es uno de los poemas más ambiciosos que escribió Campoamor. La cita corresponde al principio del Canto XII, titulado precisamente Las nubes, cuyos primeros versos son: “Vivir es *ver pasar*. Ya iba alboreando / del dieciocho de septiembre el día, / cuando estaban las gentes contemplando / las mil nubes y mil que el sol tenía. / Tantas nubes tan varias, revolando, / el juego de la vida parecía. / Y, bien pensado al fin, ¿qué es en la esencia / más que un juego de nubes la existencia?”. Por la coincidencia de títulos y conceptos se ve que el influjo del poema de Campoamor es fundamental para este capítulo. [...] La influencia de Campoamor ha sido admitida por Azorín en *Clásicos y modernos* (II, 901). Al poeta de las *Doloras* le ha dedicado varios estudios (II, 852-57; VII, 755-61, etc.).

[10] *ABC*, 1912 y 1943: *Es ver volar todo en un retorno perdurable*.

[11] 1912 y 1943, respectivamente: lo por venir y lo porvenir. Esta última forma es la usada en *ABC*.

[12] Imita con estas interrogaciones retóricas el lenguaje de *La Celestina* y, en general, del siglo XV.

# ÁNGELUS

(*Vidas sombrías*, 1900)

Pío Baroja

Eran trece los hombres, trece valientes curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar. Con ellos iba una mujer, la del patrón.

Los trece hombres de la costa tenían el sello característico de la raza vasca: cabeza ancha, perfil aguileño, la pupila muerta por la constante contemplación de la mar, la gran devoradora de hombres.

El Cantábrico los conocía; ellos conocían las olas y el viento.

La trainera, larga, estrecha, pintada de negro, se llamaba Arantza, que en vascuence significa espina. Tenía un palo corto, plantado junto a la proa, con una vela pequeña...

La tarde era de otoño; el viento, flojo; las olas, redondas, mansas, tranquilas. La vela apenas se hinchaba por la brisa, y la trainera se deslizaba suavemente, dejando una estela de plata en el mar verdoso.

Habían salido de Motrico y marchaban a la pesca con las redes preparadas, a reunirse con otras lanchas para el día de Santa Catalina. En aquel momento pasaban por delante de Deva.

El cielo estaba lleno de nubes algodonosas y plomizas. Por entre sus jirones, trozos de un azul pálido. El sol salía en rayos brillantes por la abertura de una nube, cuya boca enrojecida se reflejaba temblando sobre el mar.

Los trece hombres, serios e impasibles, hablaban poco; la mujer, vieja, hacía media con gruesas agujas y un ovillo de lana azul. El patrón, grave y triste, con la boina calada hasta los ojos, la mano derecha en el remo que hacía de timón, miraba impasible al mar.

Un perro de aguas, sucio, sentado en un banco de popa, junto al patrón, miraba también al mar, tan indiferente como los hombres.

El sol iba poniéndose... Arriba, rojos de llama, rojos cobrizos, colores cenicientos, nubes de plomo, enormes ballenas; abajo, la piel verde del mar, con tonos rojizos, escarlata y morados. De cuando en cuando el estremecimiento rítmico de las olas...

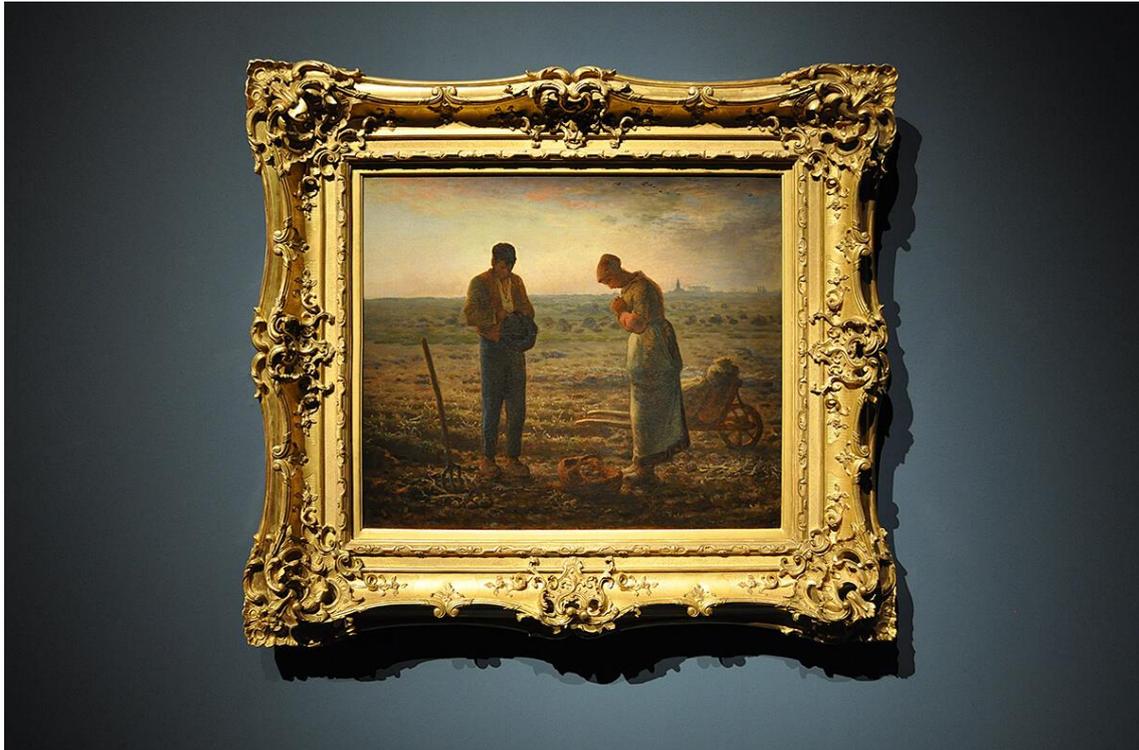
La trainera se encontraba frente a Iciar. El viento era de tierra, lleno de olores de monte; la costa se dibujaba con todos sus riscos y sus peñas.

De repente, en la agonía de la tarde, sonaron las horas en el reloj de la iglesia de Iciar, y luego las campanadas del ángelus se extendieron por el mar como voces lentas, majestuosas y sublimes.

El patrón se quitó la boina y los demás hicieron lo mismo. La mujer abandonó su trabajo, y todos rezaron, graves, sombríos, mirando al mar tranquilo y de redondas olas.

Cuando empezó a hacerse de noche el viento sopló ya con fuerza, la vela se redondeó con las ráfagas de aire, y la trainera se hundió en la sombra, dejando una estela de plata sobre la negruzca superficie del agua...

Eran trece los hombres, trece valientes, curtidos en el peligro y avezados a las luchas del mar.



# ¡Ángelus!

(Platero y yo, 1914-17)

Juan Ramón Jiménez

Mira, Platero, qué de rosas caen por todas partes: rosas azules, rosas blancas, sin color... Diríase que el cielo se deshace en rosas. Mira cómo se me llenan de rosas la frente, los hombros, las manos... ¿Qué haré yo con tantas rosas?

¿Sabes tú, quizás, de dónde es esta blanda flora, que yo no sé de dónde es, que entenece, cada día, el paisaje, y lo deja dulcemente rosado, blanco y celeste –más rosas, más rosas–, como un cuadro de Fray Angélico, el que pintaba la gloria de rodillas?

De las siete galerías del Paraíso se creyera que tiran rosas a la tierra. Cual en una nevada tibia y vagamente colorida, se quedan las rosas en la torre, en el tejado, en los árboles. Mira: todo lo fuerte se hace, con su adorno, delicado. Más rosas, más rosas, más rosas...

Parece, Platero, mientras suena el Ángelus, que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana, y que otra fuerza de adentro, más altiva, más constante y más pura, hace que todo, como en surtidores de gracia, suba a las estrellas, que se encienden ya entre las rosas... Más rosas... Tus ojos, que tú no ves, Platero, y que alzas mansamente al cielo, son dos bellas rosas.



# TEXTOS PERIODÍSTICOS

## 1) Carta al director

### Dolor efímero

Las redes sociales siguen demostrando lo efímero del dolor. TikTok se ha llenado de vídeos de un soldado ucraniano bailando al ritmo de Michael Jackson haciendo que algunos le insulten por considerarlo una falta de respeto. Sin embargo, si bajas un poco en el perfil de esta persona, te das cuenta de que sus primeros vídeos son de bailes con una niña que no supera los cinco años. Pero no importa, porque nada más deslizar tu dedo por la pantalla TikTok te mostrará un vídeo de un estadounidense haciendo un *trend* de internet que sale mal. “Qué estúpido”, vas a pensar olvidándote de que hace dos segundos estabas a punto de llorar.

**Adriana Quesada Ogando.** Noia (La Coruña)

En [la crisis entre Rusia y Ucrania](#), el 48% de los españoles está a favor de la intervención militar, según el barómetro del Real Instituto Elcano. Una vez más, la opinión de los españoles se divide en partes iguales. Entre los que apoyan la intervención militar hay más hombres que mujeres, como era de esperar. Además del pacifismo femenino, están los más jóvenes, los que tienen menor nivel educativo y los que se sitúan más a la izquierda en el espectro ideológico. Cabe preguntarse, por tanto, por qué los mayores, los de mayor nivel educativo y los que se sitúan más a la derecha son partidarios de la intervención militar, que es lo mismo que decir partidarios de la guerra. De momento, ante la posible agresión bélica rusa, anunciada repetidamente por el presidente de EE UU, Joe Biden, como si la deseara, no se han convocado manifestaciones masivas de “No a la guerra” como si se hizo durante la guerra en Irak. ¿Es posible que ahora nos dé lo mismo si se desata una guerra en Europa que si todo queda en agua de borrajas?

**Antonio Nadal Pería.** Zaragoza

### Racismo ordinario

Hace unos días oí a tres desconocidos [diciéndome “chinito”](#) mientras caminaba tranquilamente por la calle. No es la primera vez que me pasa ni creo que sea el único que haya sufrido situaciones como estas. Si les preguntas el porqué, muchos de ellos, dicen que es un sobrenombre cariñoso, pero no considero que sea muy coherente poner sobrenombres a alguien que no conoces, ya que no le has pedido permiso para llamarle así. Porque todos tenemos un nombre y habría que hacer uso de ello. Pensad antes de hablar, gracias.

**Xinyang Gan.** Barcelona

## 2) Columna

# La guerra y lo banal

**De pronto, las discusiones y los pleitos pierden su sentido y la condición humana se desnuda de una forma radical y poética**

[Sergio del Molino 02 mar 2022](#)

En uno de esos tuits tristísimos y lúcidos en los que [desagua su desesperación por Ucrania](#) y ennoblece el basurero de Twitter, [Margaryta Yakovenko](#) escribió: “Me gustaría volver a esa época en la que podía enfadarme por las tonterías que se decían aquí o interesarme por lo que alguien publicaba en Instagram. O leer un libro”. Los duros de oído y de corazón encontrarán banal esta nostalgia de lo banal. Como no entienden la vida, tampoco la echan de menos en sus expresiones más rotundas, que son siempre las más banales: ese chiste recurrente con tus amigos, el cotilleo malévolo sobre el jefe o esa cerveza culpable y clandestina que te bebes al llegar a casa mientras mandas a paseo la dieta.

Vivir en un país democrático y en paz significa poder entregarte a lo banal como si no hubiera un mundo más allá. La paz admite muchas modulaciones y estados de ánimo que la guerra reduce a un terror uniforme del que nadie escapa. Cuando [la guerra estalla en tu casa](#), no te puedes desentender porque ella no se desentiende de ti, penetra en cada célula de tu cuerpo, acapara tu conciencia y no te deja ser tú. Por eso los belicistas siempre le han atribuido propiedades purificadoras: todo está claro en el combate. Los valientes destacan entre los cobardes; lo blanco se blanquea y lo negro, negrea; caen todas las máscaras y se desmoronan los conflictos de papel. De pronto, las discusiones y los pleitos pierden su sentido y la condición humana se desnuda de una forma radical y poética. Desde la *Anábasis* de Jenofonte hasta las crónicas llegadas hoy de Ucrania, sabemos que nada revela mejor el material del que estamos hechos que la guerra.

Por eso hay que maldecirla, porque nos ha costado mucho trascender esa humanidad elemental. Alcanzar la banalidad lleva siglos de doma, ilustración y civilización. Yo no quiero vivir para descubrir los límites de mi valor y mi honradez, sino para discutir acaloradamente con mi amigo Guillermo Altares sobre [la película Licorice pizza](#), que él detesta y a mí me encanta. Tampoco Zelenski nació para inmolarse bajo las bombas de un Nabucodonosor ruso, sino para hacer reír a su público en la tele. Entre los voluntarios que se han echado un fusil al hombro para resistir al invasor habrá nacionalistas iluminados, seguro que sí, pero me apuesto la cerveza que me prohíbe el médico a que la mayoría lucha para recuperar su banalidad, su chiste privado, su frívolo y magnífico lugar en el mundo.

# Cuántas cosas vimos venir sin hacer nada

Hemos tolerado demasiadas injusticias pensando que en el fondo no era asunto nuestro, que lo nuestro eran los negocios

[Iñigo Domínguez](#) 03 mar 2022

Una familia que conozco, desconsolada y deseosa de hacer algo, decidió poner una bandera ucrania en el balcón. La madre y una hija fueron a una tienda, pero se les habían acabado. Se les ocurrió comprar una tela amarilla y otra azul, y coserlas. Fueron a la sastrería de una señora extranjera muy simpática, que nunca han sabido de dónde es. Ese día lo supieron: entraron con una tela amarilla y una azul en las manos y la mujer rompió a llorar. Era ucrania. Solo les quedó abrazarse. Lo último que puedes hacer.

¿Podíamos haber hecho algo antes? Estalla la guerra y no tienes ni idea de esos países. Pero algo había leído y lo encontré: [La Rusia de Putin, de Anna Politkóvskaya](#). Es de 2004 y no me costó dar con lo que decía entonces, me costó mucho más aceptarlo ahora. Esta periodista apasionada y valiente escribió aquel libro para alertar de la peligrosidad de Putin, en un país que ya se ahogaba en la tiranía, asqueada de la admiración que le profesaban líderes occidentales. Los señala: Berlusconi, Blair, Schroeder, Chirac, Bush hijo.

Describe a Putin como el típico agente del KGB. Estudia al adversario, su propio pueblo, comete desmanes y “si no hay reacciones o si la reacción es amorfa, gelatinosa, se puede seguir”. “Eso significa una cosa importantísima: los verdaderos responsables de cuanto está pasando somos nosotros. Que nuestra reacción a él y sus cínicas manipulaciones se haya limitado a refunfuñar en la cocina le ha garantizado la impunidad (...). El KGB respeta solo a los fuertes, a los débiles los despedaza”. Y concluye: “Rusia ya ha tenido gobernantes de este tipo. Y ha acabado en tragedia. Yo no quiero que ocurra de nuevo”. Anna Politkóvskaya [fue asesinada dos años después, en 2006](#).

Conmueve releerlo y pensar que esta bendita periodista, que no paró de denunciar las atrocidades de Putin, aun así también se incluyera en la culpa colectiva de su país por permitir un dictador. Hay otra, la nuestra, porque el destino común nos da esa responsabilidad. Hasta el menos informado tenía una ligera idea de cómo era Putin y en qué país se había convertido Rusia. La pregunta es por qué hemos seguido tratándole, y sabemos la respuesta: por los negocios. Igual que hacemos como si nada con un país, Arabia Saudí, [que despedaza a un periodista y lo mete en una maleta](#), o con un régimen totalitario como China, porque fabrica todo baratísimo y móviles a precio imbatible. También jugaremos el Mundial en Qatar en estadios construidos por

esclavos. Y preferimos no saber de dónde sale lo que comemos. Ni dónde va el plástico que lo contiene.

Los Estados han ido dimitiendo de esas decisiones éticas y las han ido trasladando al nivel de usuario, y el ciudadano, como consumidor, tiene que convertirse en uno de esos pesados que hace boicoteos a su bola, solo, mientras le cuentan que así puede cambiar el mundo si todos hicieran lo mismo. Hemos sido demasiado cínicos durante demasiado tiempo. Hemos tolerado demasiadas injusticias pensando que en el fondo no era asunto nuestro, que lo nuestro eran los negocios. Hasta que ocurren cosas como la que estamos viviendo y ese pragmatismo, con perspectiva, se parece más a la mezquindad que a la ingenuidad. También en la inmigración, en los refugiados, en el cambio climático, en la pandemia, hay algo común: lo vimos venir y no hicimos nada. Creíamos que nunca nos mancharíamos. ¿Qué haremos a partir de ahora? Podríamos dejar de ser tan amorfos y gelatinosos.

## El sexto dedo

### Haz creer un bulo al cerebro y lo convertirá en una realidad

[Javier Sampedro](#) 03 mar 2022

Si algo nos ha enseñado un siglo y pico de neurología es que el cerebro está dividido en módulos, áreas especializadas en ver, oír, hablar, planear, razonar y todas esas cosas que hacemos cada segundo sin esfuerzo aparente. Una lesión aquí y pierdes el concepto de número tres, una enfermedad allá y se acabó el hablar, un clavo ferroviario te atraviesa los lóbulos frontales y ya no eres la misma persona, aunque tus funciones intelectuales sigan intactas. A primera vista, la mente parece un *collage*, una especie de colonia de peritos estrechos de miras aunque eficaces en su campo particular. [El pensador John Searle](#) llegó a hacer un gran caso de ello con su experimento mental de la habitación china, que ha armado una buena bulla filosófica desde su publicación en 1980.

Un ordenador del futuro, imaginaba Searle, se comporta como si entendiera chino. Le llega un ideograma por debajo de la puerta, lo procesa y devuelve otro por el mismo procedimiento. Vista desde fuera, la máquina supera el test de Turing, es decir, convence a un hablante de chino de que al otro lado hay una persona que está charlando con él en chino. Pero ¿esa máquina entiende chino realmente?, nos pregunta Searle. Si sus operadores se limitan a coger unos ideogramas y devolver otros por debajo de la puerta, difícilmente puede entender chino ni ninguna otra cosa. La intención de Searle era demostrar que un computador digital no puede tener mente ni entendimiento ni consciencia. Confieso que nunca entendí el argumento. Como dijo el codescubridor de la doble hélice del ADN Francis Crick con insolencia característica, [“la habitación china](#) significa que un sistema que solo se ocupa de la lexicografía no se puede ocupar también de la semántica. Dicho esto, dicho todo”.

El problema, sin embargo, es similar al que plantean los módulos cerebrales. Si el córtex (o corteza cerebral, la sede de nuestra mente) está dividido en áreas especializadas, cada una encerrada en su habitación china, tampoco nosotros deberíamos entender nada. Algo tan aparentemente trivial como ver que alguien se te acerca corriendo y gritando ¡fuego! y deducir que tienes que salir pitando en la misma dirección que él requiere muchos módulos cerebrales (ver, oír, evaluar la credibilidad del gritón, recordar lo que duelen las quemaduras, planear la acción) y un entendimiento de la situación que, si lo piensas, no está en ninguno de los módulos, sino en la interacción entre todos ellos. Y tiene que funcionar en milisegundos. Las acciones conscientes muy elaboradas suelen acabar hechas chuletas a la brasa.

Dos psicólogos de la Universidad de Londres [han conseguido crear un sexto dedo](#) en la mente de sus voluntarios. Incluso pueden determinar su longitud. El sujeto percibe su sexto dedo como si estuviera después del meñique, que es, por cierto, donde sale un sexto dedo de carne y hueso en las personas con polidactilia. Es un caso de miembro fantasma, una situación común en los amputados, que siguen percibiendo su pierna o su brazo perdidos. Pero en este caso es una pura imaginación a la que el resto del cerebro se ha adaptado como si fuera real. Las habitaciones chinas tienen una geometría variable, están intercomunicadas y son manipulables.

## Invisibilidad y silencio

**No hay mayor violencia que aquella que se ejerce cuando esa violencia es invisible. Hay que abrir los ojos y romper el silencio**

[Rosa Montero](#) 20 feb 2022

Tal vez [ahora que está emergiendo al fin el atroz iceberg de los abusos pedófilos cometidos por miembros de la Iglesia en España](#), nuestra sociedad aprenda a mirar a [las víctimas de agresiones sexuales](#) con menos prejuicios. Porque en los casos perpetrados por miembros del clero se da una curiosa inversión del género de los agredidos: al parecer el 80% son varones, al contrario de lo que sucede en la pederastia y en la violencia sexual en general, en donde las víctimas mujeres ganan por goleada. Pues bien, como en este mundo nuestro, tan codificado aún por las rutinas patriarcales, seguimos dándole más valor y credibilidad a la palabra de los hombres que a la de las mujeres (¡pero si hasta nos pasa a nosotras! Tendemos a pensar que lo que dice un hombre es “más serio”), la catarata de casos espantosos que un montón de varones están relatando, sobre todo a este periódico, tantos años después de que hayan sucedido, nos enseña que el silencio de las víctimas forma parte precisamente de su victimización. Que no es una prueba de que la persona engañe, sino más bien todo lo contrario.

Me refiero a esos listillos que, cada vez que una mujer denuncia abusos pasados, saltan enseguida con la cansina cantinela de: “¿Y por qué no lo dijo en su momento?”. [El escritor Alejandro Palomas](#), que ha tenido el coraje de contar recientemente cómo fue violentado a los ocho años por un hermano de la Salle (estremecedor: sangró durante días), retoma esa pregunta para darle otro significado: “Cuando me dicen ¿por qué ahora?, contesto ¿por qué no hasta ahora?”. Y la respuesta es evidente: por el espantoso nivel de impunidad. Por la normalización de los abusos. Por la indefensión insuperable de las víctimas. Un silencio social atronador que es lo más preocupante, lo más repugnante.

Porque todos hemos sabido, desde hace décadas, que estas cosas pasaban en los colegios religiosos, de la misma manera que se conocían, y admitían, los abusos femeninos en la sociedad, hasta el punto de que a las mujeres se nos enseñaba a intentar escapar de las manos pulposas, como si la vida fuera simplemente así, una selva de depredadores y de gacelas. Ya he contado en más de una ocasión que, de los 10 a los 17 años, tuve que coger el metro cuatro veces al día para ir al instituto, y que, sobre todo cuando era más pequeña, pongamos desde los 10 hasta los 14, probablemente no hubo un solo día en donde no se frotara algún tío contra mí en los vagones, o me tocara el culo. Y esto era lo normal. Nadie perseguía al agresor. La realidad era eso. Mala suerte si te había tocado ser la presa indefensa en la pirámide salvaje de la caza.

La cifra que antes he dado del 80% de víctimas varones viene del tremendo [informe confeccionado por la Comisión Independiente sobre los Abusos de la Iglesia Católica que se publicó en Francia en 2021](#), tras casi tres años de investigación. Allí descubrieron que al menos habían sido agredidos 216.000 niños desde 1950 (330.000 si se incluía entre los pedófilos a catequistas y demás seculares que trabajan dentro de la Iglesia). Muchos piensan, incluyendo al [obispo Luis Argüello](#), secretario de la Conferencia Episcopal Española, o al [jesuita Hans Zollner](#), mano derecha del Papa en su campaña contra los abusos, que la muy necesaria investigación que debemos realizar en España arrojará resultados semejantes. Eso supondría entre un 3% y un 4% de los crímenes de pederastia, tanto en Francia como en España. Me temo que la Iglesia intenta cobijarse en esa cifra, insistiendo, como hizo el obispo Argüello, en que “representan un porcentaje pequeño en la relación con la problemática general”. Pues sí, pero el problema no es ese. El problema es que siempre se supo y siempre se ocultó. Eso es ni más ni menos que un delito: se llama complicidad con la pedofilia. La Iglesia entera, como institución, ha sido encubridora de ese horror. Y es que el camino hacia la civilidad y hacia la madurez del ser humano (si es que eso existe y es alcanzable) pasa por pelar una a una las pesadas capas de los crímenes cometidos por los diversos poderes, amparados en la rutina, en el prejuicio, en la inviolabilidad del propio poder. No hay mayor violencia que aquella que se ejerce cuando esa violencia es invisible. Hay que abrir los ojos y romper el silencio.

# La cabezada de Homero

Si cuatro de los más grandes escritores de Occidente perpetraron semejantes errores, ¿qué no haremos los demás?

[Javier Cercas](#) 05 feb 2022

En 1987, cuando yo tenía 25 años, publiqué un relato donde una pistola automática lucía un tambor de revólver. El relato estaba incluido en mi primer libro. Uno de los dos críticos que lo reseñó hizo constar ese error infecto y durante años estuve dudando si practicarle o no el harakiri en plaza pública para expiar la pifia. La juventud es así de vanidosa (o de soberbia). Luego, con la edad, si uno es bueno, estudia mucho y tiene mucha suerte, aprende a domar la vanidad (e incluso la soberbia), conquista el coraje de resignarse a los propios errores y comprende que los únicos que no se equivocan nunca son los que se equivocan siempre, porque no saben lo que es acertar. “Quandoque bonus dormitat Homerus”.

El latinajo procede del *Arte poética* de [Horacio](#) y podría traducirse libremente así: “Hasta el mismísimo Homero da una cabezadita de vez en cuando”. Horacio aludía a ciertas flagrantes contradicciones observables en algunos pasajes de los poemas homéricos, pero el viejo poeta griego no es el único genio que incurrió en deslices. En la *Divina comedia*, [Dante](#) escribe (‘Infierno’, Canto I, vv. 28-30; la traducción es de José María Micó): “Después de reposar mi cuerpo exhausto, / empecé a andar por la desierta cuesta, / y el pie más firme siempre era el más bajo”. Lo que dice el poeta en el último verso es que, mientras duró la ascensión a una colina, siempre, de sus dos pies, el que estuvo firme era el más retrasado. El absurdo salta a la vista: al subir una cuesta, primero aseguramos el cuerpo sobre el pie más alto y sólo entonces levantamos el otro para llevarlo al nivel del primero, de tal manera que el pie firme será siempre, más bien, aquel que esté más alto (como mucho, los dos pies lo serán alternativamente). En vano se han empeñado en argumentar algunos dantistas que el verso, un sinsentido desde el punto de vista de la experiencia, puede ser un acierto desde el punto de vista imaginativo: la realidad es que, igual que Homero, Dante también se equivocaba. Lo mismo le ocurría a Cervantes. En el capítulo 22 de la primera parte del [Quijote](#), nos enteramos de que Sancho ha perdido su rucio, pero a Cervantes se le ha olvidado contarnos cómo; luego, en el capítulo 42, Sancho vuelve a aparecer con el asno. El olvido convirtió a Cervantes en el hazmerreír de sus enemigos, entre ellos su antiguo amigo Lope de Vega, que en *Amar sin saber a quién* se burla de él haciendo que un personaje que ha perdido una mula diga lo siguiente: “Decidnos della, que hay hombre / que hasta de una mula parda / saber el suceso aguarda, / la color, el talle y nombre, / o si no dirán que fue / olvido del escritor”. Para colmo, en la segunda edición de la primera parte de la novela Cervantes intentó enderezar el tuerco, pero puso el robo del rucio en el lugar equivocado, lo que le obligó a invalidar esa corrección en la segunda parte del

libro, publicada 10 años después de la primera. En resumen: menudo lío se armó don Miguel con el maldito animal. ¿Y qué decir de los descuidos de [Franz Kafka](#)? En la primera página de *El desaparecido* (o *América*), Karl Rossman ve a la entrada de Nueva York la estatua de la Libertad empuñando una espada, y no la antorcha que empuña en la realidad. No es ni mucho menos la única equivocación que contiene la novela (como no es la del rucio la única que contiene el *Quijote*); en un ensayo brillante, Félix de Azúa enumeró unas cuantas más: el protagonista paga con chelines del imperio austrohúngaro, San Francisco se encuentra al este de Estados Unidos, Nueva York aparece unida a Boston por un puente. Algunos estudiosos de Kafka se han apresurado, claro está, a achacar este cúmulo de despropósitos al carácter simbólico de la obra, o a su textura onírica; lo más probable, sin embargo, es que sean lo que parecen: simples errores.

Sobra decir que ninguna de las chapuzas mencionadas socava en lo más mínimo la grandeza de quienes las perpetraron, que siguen siendo cuatro de los más grandes escritores de Occidente. Pero yo diría que hay mucho que aprender de ellas; lo principal: si esta gente perpetró semejantes errores, ¿qué no haremos los demás, panda de insolventes?

### 3) Entrevista

**José Enrique Ruiz-Domènec: “La cultura mediterránea se sostiene por la esclavitud doméstica”**

**El reputado medievalista aborda la historia total del Mediterráneo, pateras incluidas, e ilumina territorios ocultos tras el sol y las playas**



[Noelia Ramírez](#) 19 feb 2022

“Confieso que soy algo optimista, creo en la humanidad”, dice [José Enrique Ruiz-Domènec](#) (Granada, 1948) con el talante y buen humor que le caracteriza. El escritor y académico, uno de los grandes historiadores europeos, publica [El sueño de Ulises. El Mediterráneo, de la guerra de Troya a las pateras](#), editado por Taurus en castellano y en catalán por Rosa dels Vents. Una historiografía que llega tras 50 años de estudio y que abarca desde la Grecia antigua a la actualidad. En el libro también se descubren fenómenos poco documentados, como la Pornocracia del Vaticano en el siglo X —así se denominó la influencia política que tuvieron mujeres como la emperatriz Teodora— o por qué los historiadores árabes fueron los que mejor entendieron las Cruzadas.

Discípulo de Fernand Braudel, deconstructivista de espíritu y reputado medievalista, Ruiz-Domènec ha escrito un libro “para que seamos mejores”.

**Pregunta.** ¿Existe ese “mediterráneamente” al que apela con éxito un famoso anuncio de cervezas?

**Respuesta.** El Mediterráneo no es una marca. Es [una realidad histórica](#) y un sujeto de civilización muy complejo y fascinante. Lo que conviene al historiador es narrar cómo se llegó a esa conclusión. Destacar las bases de nuestra dieta o que el azul mediterráneo lo pintó Cézanne no merece a los publicistas. El problema es cuando se cae en el error histórico del *leitmotiv*, como por ejemplo, el que ha creado un falso imaginario del medievo como una época oscura y bruta.

**P.** ¿Qué caracteriza entonces a lo mediterráneo?

**R.** Desde luego no es solo la sociedad que toma el sol en una playa. Si quieres entenderlo, debes conocer sus segmentos solares, pero también los lunares. Son muchos, algunos están ocultos y han sido muy desagradables: la piratería, la destrucción por sistema, el mundo de las *vendettas*. Su historia también es la de cómo se puede descomponer una cultura. Y esto lo hemos vivido en los Balcanes.

**P.** ¿En qué se ha convertido el sueño de Ulises y la mística de su viaje?

**R.** Los viajes en el Mediterráneo siempre son de ida y vuelta. Para Ulises la importancia no está en la ida, sino en el regreso a casa después de una experiencia positiva y triunfal. Los peregrinos, tanto cristianos como islámicos, tenían como objetivo Jerusalén. Hasta el siglo XIII no cambia la idea de viaje con un objetivo cultural y en la segunda mitad del siglo XX se normalizó el turismo masivo, también invasivo. Fue el que ha revivido la idea de la cultura mediterránea, como la exportación del aceite de oliva frente a la cultura de la mantequilla.

**P.** Con [las pateras](#), ¿ahora es un viaje por pura supervivencia?

**R.** Sí. Debemos apostar por un proyecto político educativo frente a este reto. No nos podemos enfrentar a una sociedad cerrada, encallada, incapaz de decir no a sus privilegios. El legado del Mediterráneo tiene que ser integrador: una sociedad de sociedades.

**P.** Cuenta que en la Antigua Roma nadie quería hablar de esclavos como hoy nadie quiere hablar de los migrantes. ¿Siempre ha imperado esta retórica del silencio?

**R.** El sustrato que sostiene y ha sostenido a la cultura mediterránea ha sido la esclavitud doméstica. Sin ella, el Mediterráneo como tal es impensable. Pasó en Roma, pasó en los siglos XIV y XV, en momentos tan estelares como el Renacimiento y está pasando ahora. Siempre hay alguien sometido que mantiene el sistema natural, como ha pasado históricamente en la estructura familiar. Debemos evitar esa retórica del silencio. La migración es una realidad y un motor histórico social.

**P.** Contradice a Weber y dice que el origen del peso moral del dinero no es calvinista, sino que nació con los hombres de negocios del Mediterráneo.

**R.** En la postura de Weber hay dos errores. Uno muy grave que me afecta como historiador es cronológico: ese planteamiento no afecta al siglo XVII y a la ética protestante, sino que se enmarca en el XII y XIII en el Mediterráneo, donde la ética es católica porque aún no ha habido una escisión religiosa. Después está el principio filosófico y sociológico. Weber lo une a un tipo de moral específica, cuando el sistema en realidad estaba unido a un tipo de concepción del mundo. Es diferente.

**P.** Si el Mediterráneo lleva casi mil años siendo capitalista, para enfrentarse a la crisis de confianza en el sistema actual, ¿qué debería cambiar?

**R.** Dejar de entregarse al capitalismo puritano, que nos ha llevado a un territorio imposible. Si sigue así tiene los días contados. Ese sistema no es aceptado en muchos lugares del planeta, ¿por qué refugiarnos en una fortaleza como intenta hacer el mundo anglosajón? La idea del Mediterráneo ha de ser integradora, depurar su sistema como hizo en los siglos XIII y XIV.

**P.** Dice que “el legado de Cristóbal Colón fue una nueva lectura del sueño de Ulises”, pero hoy el mundo se quiere descolonizar.

**R.** Lo afirmo porque su idea era crear una gran unidad en el Atlántico, aunque se quedó a medias. Se ha culpabilizado a Colón de algo que no hizo. Se asume que el paso que él dio fue el desencadenante del drama. Y no es así. Colón cometió grandes errores de bulto, como cuando en su tercer viaje sabía que la embarcación que llevaba se había infectado en Cabo Verde y decidió no hacer cuarentena. Ahí fue negligente, los genoveses las hacían desde hacía 150 años pero siguió y casi extermina a la isla de las

Antillas. Eso es una cosa, pero como fue el impulsor del movimiento, se le ha dado heroicidad. La mala manera de entenderlo deriva del cuarto centenario, en 1892.

**P.** ¿Qué pasó?

**R.** Su figura se hizo presentista. Los historiadores querían suscitarlo en favor de una Europa que se había vuelto colonialista, sin darse cuenta de que el colonialismo era una lacra para su sociedad. Ahora que conocemos la historia, no nos podemos asustar con las lacras del pasado. Hay que combatir las.

**P.** Opina que la superioridad del hombre blanco es un mito a revisar.

**R.** La historia de la humanidad es una historia de superación, de tópicos que han funcionado durante un tiempo porque probablemente funcionaban en el momento oportuno. Pero nosotros tenemos el derecho a revisarlos, porque si no, y si miramos a cualquier disciplina, yo podría ser un médico diciendo que las epidemias son un castigo de Dios. Hoy en día, si tú estás pensando que el legado de la historia te dice que el hombre blanco es superior, te estás equivocando.

## **Veronica O’Keane: “En cierto modo, toda nuestra memoria es falsa”**

**La psiquiatra y profesora del Trinity College de Dublín, analiza cómo el cuerpo es el receptor de sensaciones y esas sensaciones crean los recuerdos**

[Rafa de Miguel](#) 29 ago 2021



Los recuerdos humanos son algo muy vivo, y se forjan en el momento presente. No son una memoria fija que el cerebro se limita a conservar en sus archivos para cuando sea necesario acudir a ellos. Veronica O’Keane llegó a esa conclusión, que dio la vuelta a todo lo que había aprendido en años de estudio de psiquiatría, medicina o neurología, después de una intensa conversación con una de sus pacientes. Víctima de una psicosis posparto, la enferma estuvo convencida durante un tiempo de que su recién nacido había muerto. A través de la ventanilla del coche que la llevaba a una institución mental, donde estuvo ingresada unas semanas, pudo ver incluso la tumba del bebé en un cementerio. Superado el trastorno, y consciente de que nada de lo imaginado había sido real, volvió a ver un día la lápida y le invadió una sensación de terror: “Los recuerdos seguían siendo reales”. En su libro [El Bazar de la Memoria: cómo construimos los recuerdos y cómo los recuerdos nos construyen](#) (Siruela), esta profesora de Psiquiatría del Trinity College de Dublín describe con una elegancia pedagógica cómo el cuerpo es el receptor de sensaciones, las sensaciones crean la memoria, y la memoria define a las personas.

**PREGUNTA. ¿Cómo fue ese proceso por el que la historia de su paciente, Edith, le llevó a replantearse sus ideas sobre los recuerdos?**

**RESPUESTA.** Tenía una idea muy establecida, la que nos enseñan en medicina, psiquiatría o neurología, de que la memoria era algo como un almacén permanente al que acudes cuando deseas recordar algo o figurar algo. Pero me di cuenta de que la memoria es algo que se forja en el momento presente, porque el único modo en que uno puede tener la experiencia de un momento dado es a través de la memoria, mediante un proceso de conexiones que dan sentido a ese momento. Las sensaciones llegan a tu cuerpo constantemente, y tú das sentido a esas sensaciones a través de la memoria. Es decir, la memoria es algo que, básicamente, vive en el momento presente. Eso es lo que me enseñó Edith, que la memoria es algo muy vivo, es lo que somos.

**P. Es usted muy crítica con esa idea tan generalizada de que existe un dualismo cuerpo-mente.**

**R.** La idea de que las personas son algo diferente de sus propios cuerpos, que el ser humano pensante es diferente del ser humano que siente, es un completo error. Como el concepto mismo de que [los hombres y las mujeres son diferentes](#). La filosofía ha estado dominada durante siglos por el concepto de que los hombres son los que piensan y las mujeres las que sienten. Todo eso comienza a desintegrarse con la llegada de la Ilustración y de los derechos humanos. Es la llegada del humanismo la que empieza a derribar esa concepción sexista. El reconocimiento de que mente y cuerpo actúan juntos, aunque lo hagan de un modo diferente, es fundamental no solo para entender la biología, sino para entendernos a nosotros mismos como animales humanos.

**P. Es fascinante cómo utiliza en su libro las grandes obras de la literatura para explicar el funcionamiento del cerebro.**

**R.** Todos estos autores dedicaron sus vidas a un proceso de introspección. La intensidad con la que llegaron al fondo de su propia conciencia, por la vía literaria, y sus procesos de pensamiento y sentimiento, supera mi capacidad de imaginar siquiera cómo alcanzaron esos logros. Eran seres humanos con un alto desarrollo. Piense en [Samuel Beckett](#), capaz de crear un mundo el que no hay anclas, en el que no hay tiempo, espacio y a veces ni siquiera hay persona. Esas son precisamente las anclas a través de las que se construye la memoria, en un nivel celular del cerebro. Beckett se deshizo de ellos. Fue capaz de eliminar esos elementos para demostrar la materia cruda de la que estamos formados, debajo de todas esas estructuras que utilizamos para dar sentido al mundo.

**P. Uno puede llegar a la conclusión de que los grandes autores no eran normales, en lo que se refiere al funcionamiento de su cerebro.**

**R.** Tome el caso de [Virginia Woolf](#), quien sufría de un desorden psicótico. A veces, durante sus estadios de enfermedad, lo que percibía a su alrededor y cómo lo integraba en su cerebro era un proceso no normal. Aprendimos lo que supone una percepción normal, porque, en su caso, era algo que estaba roto. Tenía un talento extraordinario para describir su propia introspección. Esa ruptura acaba resultando muy iluminadora sobre lo que ocurre en circunstancias normales. Las novelas de [Dostoievski](#), por ejemplo, revelan para mí a un autor con trastorno maniático. No sé cuál era exactamente su diagnóstico, pero tenía periodos de perceptibilidad extrema en los que se descubre un estadio de emoción pura. ¿Era Cervantes una persona normal? No creo.

**P. Uno podría pensar que la memoria es algo muy individual, pero sin embargo usted defiende el peso de la [memoria colectiva](#).**

**R.** No puedes separar tu cerebro de las influencias culturales, familiares o sociales que te rodean. Yo fui criada en Irlanda en un ambiente rígido dominado por el dogma católico. Rompí con eso cuando era muy joven. Pero esa influencia cultural ha permanecido en mí, y estoy segura de que ha estructurado muchas de mis creencias. E incluso si pierdes esas creencias, las estructuras que han creado en tu cerebro permanecen. El conocimiento se forma a través de capas anteriores de conocimiento previo, y siempre vamos a estar revisando el pasado en nuestro proceso de memoria.

**P. Es normal, hasta saludable, defiende usted, mentirnos a nosotros mismos y crear [falsos recuerdos](#).**

**R.** . Somos humanos, y tenemos la necesidad de sentirnos bien. Uno de los aspectos más interesantes de la depresión es que los que la sufren no suelen engañarse a sí mismos. Se observan a sí mismos de un modo muy crudo, que podríamos considerar negativo. Pero es a la vez un análisis muy honesto del mundo y de la condición humana. La psiquiatría tiene mucho que enseñarnos sobre la necesidad que tenemos de pasar página. Y es algo saludable. Lo que se ha venido a llamar "[psicología positiva](#)" pretende animar a los

pacientes, darles un impulso de optimismo, hacer que se sientan cómodos. Sin embargo, creo que también es bueno sentirse incómodo. Forma parte de la naturaleza humana la necesidad de hacer frente a los propios demonios. En cierto modo, toda memoria es falsa.

## **TEXTO DESCRIPTIVO**

**Una obra de arte pictórica a la propia elección del estudiante.**